

mayor, ó menor cantidad en aquellas siete personas; ó solo en ellas halló disposicion para causar el daño.

8 Asi, Señor mio, es vanisimo el empeño de los que pretenden averiguar las causas de todos sus males. Y sobre vanisimo, le juzgo nocivo para el cuerpo, y peligroso para el alma. Algo tiene de Paradoxa la proposicion en la primera parte, y aun mas en la segunda. Vera Vmd. como pruebo una, y otra.

9 Los que presumen indagar las causas de sus dolencias, rezelosos de que esto, ó aquello les haga daño, viven en continuo afan. Brindales el apetito tal manjar, y no se atreven à probarle. Dexan el plato que les sabe mejor, persuadidos a que es nocivo, por otro ingrato, que creen saludable. Desean el paseo, pero el miedo del aire, ù de la humedad del suelo los detiene violentos en casa. Querrian divertirse alguna parte de la noche en la conversacion, ó en el juego; pero esto se opone al concepto que tienen hecho, de que les conviene meterse à tal determinada hora en la cama, aunque no los solicite el sueño, ni lo pida la fatiga. Lo mismo en otras innumerables cosas. Son por cierto mui dignos de lastima estos; porque, *qui medicè vivit, miserrime vivit*. Y lo peor es, que mas los daña, que alivia este cuidado; siendo la solicitud ansiosa con que viven, carcoma de la vida, mas que medianera de la salud; fuera de que por la mayor parte yerran el metodo de la dieta conveniente, por proceder sobre falsos principios; ya teniendo por nocivo el alimento, que no es tal; ya juzgando, que es nocivo para todos, lo que lo es para algunos. Yo me atengo siempre à la regla del Hippocates Romano, Cornelio Celso: *Nullum cibi genus fugere, quo Populus utatur*.

10 Es tambien peligrosa para el alma la presuncion de averiguar las causas de los males. Los que tienen esta confianza, y por otra parte en nada faltan à la dieta que juzgan oportuna, viven sin el miedo de tener cerca de sí, ó la muerte, ó alguna enfermedad peligrosa; pareciendoles, que sino en la edad decrepita, ni aquella, ni esta pueden venir, sino por la infraccion de alguno de los preceptos medicos, que

que se han establecido; lo que es mui ocasionado à que cuiden menos de la pureza de la conciencia. Lo que he dicho arriba de las innumerables imprevistas, y impenetrables causas de las enfermedades, y de la muerte, debe desengañarlos de su error. Y sobre todo deben advertir, que las muertes repentinas están mui fuera de todas las previsiones, y precauciones medicas; y asi, exceptuando la que tal vez proviene de una insigne glotoneria, tantas muertes súbitas vemos venir sobre los que observan en su modo de vivir algunas reglas medicas, como sobre aquellos, que enteramente abandonan ese cuidado. Dios libre à Vmd. de ese error, y le conserve en su Gracia, &c.

CARTA XLI.

SOBRE LOS DUENDES.

Mi Amigo, y señor: Si Vmd. que es tan amante mio, lee con tanta indiligencia mis Escritos, que de ella resulta no enterarse à veces de mi dictamen, ó formar un dictamen mui distante del mio; ¿qué puedo esperar de los que me miran con indiferencia? ¿Qué de los desafectos? ¿Qué de los invidios?

2 Haceme Vmd. cargo de haber negado absolutamente, y sin restriccion alguna la existencia de Duendes; y suponiendome esta maxima, la impugna con la reciente Historia del famoso Duende de Barcelona, y con las noticias, que de otros da Alexandro de Alexandro en sus *Dias Geniales*. Ruego à Vmd. vuelva los ojos al Dircurso en que trato de los Duendes, leyendole con reflexion, y vera, que no hai en él tal negativa universal; pues hallará una limitacion considerable al numero 27, y en el 28 una protesta, de que, *no profiero (en el asunto) sentencia definitiva, y general, que sea incapáz de toda excepcion*. Debaxo de esta
Tom. I. de Cartas. V 3 ad-

advertencia me queda abierto camino para admitir como verdadero (realmente le tengo por tal) el hecho del Duende de Barcelona, y otro tal qual caso rarísimo, en que concurrían igual numero, y calificación de testigos.

3 Si yo quisiese usar de una Critica cavilosa en el examen del suceso de Barcelona, podría acaso rebazarle el grado de dudoso; porque al fin, ¿qué inverosimilitud hai en que entre seis, u ocho Militares, gente por lo comun de humor alegre, se formase una cabala, para fingir, y publicar un suceso, en que no consideraban alguna dañosa, o peligrosa resulta, y en que por otra parte interesaban aquel placer, comun á los fabricantes de cuentos extraordinarios, de ver propagarse el embuste, y dár que hablar á todo el mundo? Los Militares, que se citan como testigos oculares, eran, o son, yo lo confieso, Nobles todos por nacimiento, y por oficio. Pero esta circunstancia en un hecho, en que no intervenia perjuicio de tercero; solo califica su testimonio, digámoslo así, en el fuero externo, y de botones afuera. Está tan lexos de tenerse en el mundo por injuria, aun respecto de personas de la mas alta calidad, si no gozan la opinion de virtud mui severa, los que atestiguan sin juramento en casos irregulares, de cuya creencia no puede resultar daño alguno; que no pocos hacen vanidad de tener para ellos una feliz inventiva, y se complacen mucho de ver creidas sus ficciones.

4 A esta consideracion, que en alguna manera debilita, para de botones adentro, la testificación de los citados Militares, pudiera agregar la reflexion de que las travesuras con que el Duende molestaba al Oficial, sugeto principal de la Historia, tienen todo el aire de aquellos jugetes, con que algunos hombres de humor, tal vez por burla, y chasco, procuran poner en terror, y confusion á otros; y no parece mui adaptable este caracter á las hostilidades que la Divina Providencia permite al Enemigo del Genero humano, para castigo, enmienda, o exercicio de los hombres. Si los Duendes fuesen lo que se imaginó el Padre Fuente Lapeña, esto es, ni Angeles buenos, ni Demonios, ni Almas separadas,

das, sino cierta especie de Animales aéreos, no serían improprias en ellos las travesuras, que se refieren del Duende de Barcelona. Mas la invencion de estos Animales aéreos tiene contra sí la terrible objecion, que he propuesto en el citado Discurso sobre los Duendes, num. 2.

5 Estas reflexiones podrían, como he dicho, servir á una critica cavilosa, si yo quisiese usar de ella, para revocar en duda el suceso del Duende de Barcelona. Pero basta confesar, que solo una critica cavilosa puede representarle dudoso, para significar que le admito como cierto. En efecto, es así, y así lo dicta la buena razon. La incertidumbre, que puede inferir aquellas consideraciones, solo es incertidumbre metaphysica, la qual es transcendente á quantos sucesos creemos por fé humana, y en ningun modo obsta la certeza moral. Si el testimonio de seis, u ocho testigos oculares se puede repudiar como insuficiente, no mas que porque es absolutamente posible que mientan, en tinieblas vivimos todos los hombres para quanto pide la sociedad Política, y Moral.

6 Pero obsta la certeza de aquel suceso á la verdad de lo que he estampado en el Discurso de los Duendes? En ningun modo: pues aunque afirmo, y afirmaré siempre, que comunísima, y regularísimamente las travesuras que se atribuyen á Duendes, son efecto, no de la malicia de los Demonios, sino del artificio de los hombres, admito la excepcion de uno, u otro caso rarísimo, qual lo es el de Barcelona. Y en efecto, este es tan raro, que entre innumerables cuentos que he oído de Duendes, es el unico, á quien me considero deudor del asenso. Por tanto, como para gobierno de los hombres se debe hacer juicio, por lo que regularmente sucede, siempre que ocurra alguna apariencia de Duende, se debe reputar trampa, o embuste, ordenado al maligno placer de intimidar los habitantes de la casa, o á fin mas malicioso.

7 Ni exceptuo de la regla general los casos que refiere Alexandro de Alexandro. Tres son los que escribe este Autor. El primero es de una casa que habia en Roma, la qual

en su tiempo era casi todas las noches tan infestada de apariciones de espectros, ò fantasmas, que nadie se atrevia à habitarla; añadiendo, que esto era cosa vulgarizada en aquella gran Ciudad: *Equidem memorabile hoc, & quod mirum videri postet, nisi pervulgata res esset, ædes quasdam Romæ evidentissimis ostentis ita infames, ut nemo illas incolere ausus fuerit, quin variis umbrarum illusionibus, & tetræ imaginibus, noctibus ferè singulis inquietetur.* Pero no dándose prueba del hecho mas que un rumor popular, del qual pudo ser Autor algun embustero, que hiciese estrepito algunas noches en aquella casa, ¿qué obligacion tenemos à dar mas credito à este cuento, que à otros muchos de Duendes, ò Fantasmas que se esparcen en varios Pueblos? Fuera de que tiene bastante disonancia el que Dios permitiese, ò obligase al Demonio à anidarse habitualmente en aquella casa, sin otro fin aparente mas que el de hacerla inhabitable.

8 El segundo caso es, el que dice le contó de experiencia propia un Amigo suyo llamado Gordiano, à quien califica de hombre mui fidedigno, *spectatæ fidei homo.* Reducese la Historia, à que caminando este Gordiano, acompañado de un doméstico suyo, à Arezo, Ciudad de la Toscana, y perdiendo el camino, se vieron los dos precisados à entrar por un territorio umbroso, aspero, y desierto, hasta que acercándose la noche, se sentaron rendidos de la fatiga: que à este tiempo, oyendo una voz humana que sonaba algo distante, se encaminaron hacia ella, pensando hallar alguno que los guiase al camino; pero lo que despues de andado algun trecho hallaron, fue quatro horribles, y agigantadas figuras, como de disformes Cíclopes, que les decian se acercasen à ellos: de lo que aterrados los dos Caminantes huyendo con precipitada fuga, lograron al fin el abrigo de una choza.

9 Porque diga el Autor, que su Amigo Gordiano era hombre fidedigno, no pienso que estamos obligados à creerle. Todos los que refieren alguna Historieta que saben de oídas, y desean ser creídos; dicen que la tienen de persona, ò personas fidedignas. El contexto de la relacion tampoco es de

de los mas verisimiles. Aquellos figurados Cíclopes se pretenden que eran Demonios; A qué fin habitan estos aquel lugar desierto donde solo por un accidente rarissimo hallarian à quien dañar? Eran los dos Caminantes mas agiles que los Demonios, que no pudieron estos seguirlos, y alcanzarlos? Podrá acaso decirse, que estaban ligados en aquel sitio, como en el Libro de Tobias se lee, que el Angel San Rafaél ligó al Demonio Asmodéo en el desierto de Egipto Superior? Però sobre que este es un hecho extraordinarissimo; que por tal no facilita la creencia de otros semejantes, sino intervienen testimonios segurissimos, de este modo ya aquellos Demonios no pertenecen, à la questão que tratamos; esto es, no eran *Duendes*, pues eran unos Demonios atados, y los Duendes son unos Diablos mui sueltos.

10 El tercer caso puede dar mas cuidado, porque se presenta en él el mismo Autor, como testigo ocular. Dice, que estando enfermo en Roma, subitamente se le presentó (no expresa si de dia, ò de noche) delante del lecho en que yacía, una muger mui hermosa, à cuya extraordinaria aparicion, dudando al principio si era sueño, ò realidad, despues que se aseguró bien de que estaba despierto, y sus sentidos perfectamente despejados, le preguntó à la muger, quién era; à lo que ella, como haciendo mofa, no dió mas respuesta, que repetir la misma pregunta que él hacía; y despues de mirarle atenta un largo rato, se fue.

11 Yo no sé realmente, si Alexandro de Alexandro profesaba una severissima veracidad; porque una veracidad ordinaria, ò no mas que mediana, no es bastante fundamento para creer cosas extraordinarias; pues, como ya he advertido, no en una parte sola del Teatro Critico, el fingir, y publicar portentos trae consigo una especie de delectacion, que tienta fuertissimamente aun à hombres bastantemente amantes de la verdad, y que en orden à objetos regulares, no faltan à ella. Esto quiere decir, que entretanto que no nos consta, que el Autor citado fuese de una sinceridad incontrastable, no estamos obligados à creerle aquella aparicion. Esto digo, en caso que fuese aparicion; porque de las palabras

bras del Autor no se infiere con certeza, que realmente lo fuese, si solo, que él la tubo por tal. Pudo aquella muger entrar en el quarto sin que él lo advirtiese, por estar distraído, o medio dormido, y vuelto el rostro a la parte opuesta, y por tanto, creer falsamente, que en el mismo aposento se habia formado aquella bella imagen. Al acabarse la vista, no se explica en terminos que suenen que se desvaneciese, u desapareciese en la forma que se deshace la presencia de los espectros: *Cum diu, dice, me fuisset intuita, discessit.* Y la voz *discessit* mas significa, que la muger salió por sus pasos contados de la quadra, que desaparicion repentina.

12 Pero quiero dar las dos cosas; conviene a saber, que ni el Autor mienta, ni el objeto presentado fuese real, y verdadera muger. Pretendo, que ni aun admitido uno, y otro, se sigue existencia de Duende en el caso propuesto. ¿Pues qué salida hay? Voi a decirlo: ya se vió arriba, que estaba el Autor enfermo; y su modo de explicarse dá a entender bastantemente, que la enfermedad era grave: *Cum Romæ ægra valetudine oppresus forem.* De una enfermedad leve, o que no es grave, nadie que hable con propiedad, dice, que está oprimido de ella. Debemos, pues, suponer fiebre algo intensa, la qual admitida, ¿qué cosa tan verisimil, que por lesion de la imaginativa (síntoma, que ya como permanente, ya como pasajero, interviene en muchas fiebres) se le representase como puesto a sus ojos un objeto, que en ningun modo existia?

13 Sucedióme, que estando enfermo en nuestro Colegio de Salamanca con una fiebre que me duró algunos dias, uno de ellos, un Condiscipulo, reconociendome congojado de la sed, y sabiendo que era yo muy goloso de leche, me traxo a hurtadillas una porcion de este amable licor en una vasija de vidrio; y dexandome la en la Celda sobre una mesa poco distante de la cama, se fue. Puse los ojos en el vidrio, y se me representó con la expresion mas viva, ser el licor contenido vino tinto. Por mas que por un buen rato apliqué la vista con quanta intension pude, el color de dicho vino en toda perfeccion percibí, y nada mas. Quedandome no obstante al-

gun reflexo de que fuese ilusion ocasionada de la fiebre, por quanto dificultaba, que el Amigo (que era hombre en todo su proceder muy natural) me hiciese la burla de presentarme vino en vez de leche, tomando el vidrio le apliqué al labio; y protesté, que hasta que en el paladar percibí claramente el sabor de leche, no conocí que lo fuese.

14 Si a alguno se hiciese difícil, que produciendo la fiebre aquella lesion en la imaginativa, dexase al alma capaz de hacer la reflexion, de que la representacion de vino sería acaso efecto de la misma lesion, le preguntaré, ¿qué mas dificultad tiene esto, que el que uno, que durmiendo vé a su parecer claramente tal, o tal objeto, sin despertar, entra después por reflexion en la duda de si acaso aquello será sueño. Sin embargo, no solo hice esta reflexion en sueños muchas veces, mas tambien a varias personas oí tambien haberla hecho.

15 Habrá acaso tambien quien discurra, que el error no provino entonces de la imaginacion, sino de los ojos, donde pudo la fiebre causar alguna alteracion, por la qual el color de la leche se representase como de vino tinto. Pero contra esto hay, que en el color de todos los demás objetos no percibí inmutacion alguna. La blancura de las sabanas, casi semejante a la de la leche, se me presentó entonces como siempre.

16 Este caso es el único que me ha ocurrido para similitud del Alexandro de Alexandro, omitiendo, como impertinentes al asunto, los delirios comunes de los fabricitantes; porque debo suponer, que no fue de esta especie el de aquel Autor; de cuya relacion se debe colegir, que para todos los demás objetos, y en todo el resto de la enfermedad gozó libres, y despejadas sus potencias internas.

17 Al mismo principio (aunque tambien a otro distinto) se puede reducir otro suceso, que anteriormente a los dichos refiere el mismo Autor; y aunque suena aparicion de difunto, con mas razon, en caso de que hubiese realidad en él, se podria reputar cosa de Duende. El caso es como se sigue.

18 Cierta Noble Romano, hallandose muy apurado de sus males, trató de ir a tomar unos baños que hay cerca de

Napoles, esperando algun beneficio de ellos. Acompañóle en el viage un intimo Amigo suyo; pero en el camino se agravó tanto la enfermedad al doliente, que fue preciso darse á la cama en un Meson, donde murió dentro de pocos dias. Cuidó de las exequias el Amigo; y de todo lo demás, que en aquel lance convenia. Hecho lo qual, se puso en camino para volver á Roma. En la noche del primer dia de jornada, habiendose dado al reposo del lecho, antes de entrar en el sueño, casi con el mismo macilento semblante con que le habia visto poco antes de morir, se le apareció su difunto Amigo. Preguntóle, aunque casi enteramente fuera de sí con el miedo, quién era; pero el aparecido, sin responder palabra, desnudando el vestido, se le entró en la cama, acercandose á él en ademán de abrazarle. Aquí el vivo, casi tan muerto de pavor como el muerto, hizo algun impulso para apartarle de sí, desviandose al mismo tiempo á la opuesta margen de la cama; de lo qual indignado el difunto; despues de mirarle con semblante ceñudo, como increpando su desdenoso, y grosero proceder, salió de la cama, y volviendo á tomar su vestido, desapareció. Añadese en la relacion, que habiendo tocado el difunto con un pie al Amigo, le sintió este tan intensamente frio, que ningun yelo le pareció comparable á aquella frialdad. Lo que resultó de la aparicion fue, que el Amigo del muerto, por el grande terror que padeció, al punto enfermó tan gravemente, que llegó á verse constituido en la ultima extremidad, y casi total desconfianza de vivir.

19 Esta Historia, dice tambien Alexandro de Alexandro, que se la refirió el mismo sugeto de ella, añadiendo asimismo, que tenia muy experimentada su buena fé. A que podemos aplicar la misma reflexion, que arriba hicimos sobre el cuento de Gordiano, porque milita la misma razon.

20 Ya arriba dexo dicho, que este suceso, si se quiere admitir como verdadero, aunque suena aparicion de muerto, con mas seguridad se debe reputar juguete de Duende, que quiso hacer el papel de difunto. Las apariciones de difuntos piden, no solo permision, mas accion positiva de la Divina

Pro-

Providencia; y no como quiera, sino de una Providencia extraordinaria. ¿Quién creera, que Dios, obrando contra las reglas de su ordinaria Providencia, dispone la aparicion de un difunto á un amigo suyo, no para otro efecto, que aterrorarle; y mediante el terror, hacerle enfermar gravemente? Asi para acercarse algo la Historia al grado de creible, es menester decir, que el aparecido no fue difunto, sino Duende. Pero yo no creo, que fue, ni Duende, ni difunto, sino mera ilusion.

21 De dos modos se puede explicar esto. El primero es el que propuse sobre el caso, que de sí mismo cuenta Alexandro de Alexandro; esto es, que aquella aparicion fue un mero error de la imaginacion, ocasionado de la enfermedad. ¿Mas como pudo serlo, si la enfermedad se siguió á la aparicion? Eso niego yo, aunque suena así en la Historia. La relacion dice, que inmediatamente con la fuerza del terror, cayó enfermo: *Quo timore familiaris ille percitus, subitavi morbi correptus, &c.* Aunque la enfermedad empezase un breve rato antes, pudo estar distraído, y no advertirlo. Pudo, aunque lo advirtiese, el terror que se le subsiguió, hacerle perder la especie, ó borrarla de la memoria. Pudo juzgar aquel primer asomo del mal por una indisposicion transitoria, y inconexa con el resto. Pudo, en fin, la enfermedad empezar explicandose solo en la cabeza, mediante una especie de alteracion, que turbase el entendimiento, ó la imaginativa.

22 Ni contra esto ultimo debe oponerse el que, si fuese así, en todo el resto de la dolencia permaneceria la imaginativa turbada; porque muchas veces, y aun las mas, no en todo el tiempo que dura una dolencia, produce los mismos efectos. Hai pervigilio una noche, otra no; inquietud en una hora, no en otra; tal dolor, que no se estiende á mas que á un minuto; ira, ó enfado, que no pasa de un momento. Pero especialmente en los principios de las enfermedades algo graves, he observado, que muchas veces se suele sentir alguna molesta novedad, en que se explica la mala disposicion del cuerpo, antes de darse á conocer en el pulso, ó en alguna

otra

otra de aquellas señas, que como efectos morbosos notan comunmente los Medicos, y que cesa en viniendo dichas señas, ò en entrando la fiebre verisimilmente; porque entonces el influxo de la causa morbifica, difundiendo à otras partes distintas de aquella donde obraba al principio, produce otros efectos. Asi, antes de manifestarse fiebre, se suele sentir, ò ya una especial turbacion del ánimo, ò una gran melancolia, ò un insólito apetito, ò un desabrimiento extraordinario, ò una disposicion à enfadarse mucho por qualquiera levisimo motivo, &c. Y por la mayor parte, si no generalmente, estas estrañas disposiciones cesan, ò se minoran, en declarandose la fiebre. A este modo pudo ser en el sugeto de la cuestión, el primer efecto de la enfermedad, antes de sentir el ardor de la fiebre, aquella lesion de la imaginativa.

23 El segundo modo de explicar aquella aparicion, de modo que fuese puramente imaginaria, es discurrir, que fue soñada la aparicion. Pero en despertando, no habia de conocer el sugeto de ella que habia sido soñada? Respondo, que no. Un sueño mui vivo hace una impresion tan fuerte, que queda la especie en la memoria con aquella representacion clara, que es propria de lo que se ha visto, ò palpado. Creo que no hai hombre alguno à quien tal vez no suceda dudar, si oyó tal especie realmente, ò si soñó que la oyó. Es cosa que por mí pasó varias veces. Añadanse algunos grados de viveza al sueño; ya no será duda, sino persuasion de que fue realidad. En los sueños terrificos, qual es la aparicion de un difunto, es mas natural esto, por la profunda impresion que hace en el ánimo el objeto soñado.

Tengo satisfecho à Vmd. quien lo será igualmente de mis deseos de servirle en quanto quiera ordenarme. Oviedo, &c.

NOTA.

Tube una relacion mui individuada del caso del Duende de Barcelona, pero la perdí no sé cómo. La especie que unicamente me quedó, es que el Duende empezó à perseguir

à un Militar en Sevilla, el qual pasó despues à Barcelona, seguido siempre de aquel importuno compañero; que en esta ultima Ciudad, habiéndose hecho público el caso, algunos otros Militares procuraron en varias ocasiones examinar la verdad del hecho, y en sus mismas personas experimentaron las malignas travesuras del Duende. El unico Militar de los que fueron testigos, de cuyo nombre me acuerdo por ser natural de esta Ciudad, y haberle conocido un tiempo, es Don Joseph de Velarde Cienfuegos, Coronel del Regimiento de Granada.

CARTA XLII.

ORIGEN DE LA FABULA en la Historia.

SEñor mio: la estimación que hago de la persona de Vmd. me inclina à hacerla de su Carta. Sin aquella no sé lo que fuera de esta; porque el cargo que Vmd. me hace no puede ser mas desnudo de todo fundamento. Dame Vmd. en rostro con la maxima, como que yo la haya proferido en el Discurso del *Divorcio de la Historia*, y *la Fabula*, de que ninguna ficcion del Gentilismo tubo origen de la Historia Sagrada, tratando dicha maxima no menos que de poco pia. Ay, Dios mio! Allá vá el honor del Sapientisimo, y Religiosisimo Abad Bianchini, de quien es propria esta maxima, pues siguió, y procuró con todas sus fuerzas establecer el Systema, de que todas las Fabulas Gentilicas se fundaron en la Historia Profana. Pero por qué es poco pia aquella sentencia? Porque quita, dice Vmd. una especie de apoyo à la verdad de la Historia Sagrada. Buena especie de apoyo es ese. Quien no creyere, ò dudare de las verdades historicas de la Escritura, à vista de los firmisimos fundamentos en que estriva su autoridad, ¿los creará por esa